

El preso

Parte I – El barco

El estruendo de la tormenta retumbaba cada vez más violentamente en el interior del barco. Las olas se superaban unas a otras, y su rugido constante nos aplastaba. Sacudidos en todas direcciones, nos manteníamos en pie únicamente por los grilletes y las cadenas que, bastas y duras, fijaban nuestras muñecas ensangrentadas a la traviesa.

Como cañonazos del enemigo, cada ola hacía crujir las paredes del barco. Cada ola nos golpeaba a unos contra otros, y golpeaba nuestros cuerpos contra las maderas.

Entre la densa desesperación, solo un viejo loco al fondo de la bodega mantenía la calma. Era un hombre extremadamente delgado, con una maraña de pelo blanco alrededor de su desdentada cara. Cuando por casualidad las olas descansaban unos instantes, se oían fragmentos de su canto fúnebre, tranquilo y sosegado. Lo que ocurría a su alrededor nada parecía tener que ver con él. Su canción se alzaba desde la oscuridad casi siempre muda, como el único lamento y la única oración ofrecida por nosotros, hombres desdichados.

Algunos presos a mi alrededor lloraban y pedían a Dios que les salvara. Otros se mostraban arrepentidos y suplicaban perdón. En la parte delantera de la fila de presos, yo ni lloraba ni suplicaba. En mi cara se dibujaba una mueca orgullosa y desafiante, y de mi interior surgía un resentimiento que superaba mi miedo a morir.

No me quedaba nada ya. Ni siquiera la posibilidad de irme de este mundo con una explosión luminosa, que al menos durante unos instantes, deslumbrase a quien la viese. Ni siquiera la posibilidad de lanzar un zarpazo hacia lo alto, de ser otro Caín, de desaparecer haciendo daño... no... no me quedaba ni siquiera la satisfacción de destruir algo bello o de aplastar algo bueno para vengarme... tan solo los golpes, el hedor y la muerte, rodeado de otros presos, aplastado por las olas, en el más absoluto olvido. No me quedaba nada más, y aún así, me mantenía erguido y orgulloso.

La tormenta jugaba con nosotros, lanzando olas cada vez más violentas contra el barco. El agua entraba por todas partes y nos cubría ya el pecho. De vez en cuando el tambaleo del barco provocaba que nos viésemos sumergidos por completo bajo el agua. Aquellos instantes de silencio de los que emergíamos medio ahogados nos adelantaban nuestro destino. Éramos como el ratón atrapado por el gato que, burlándose, juega con él antes de devorarlo. Apenas podíamos respirar, y la furia del mar nos apretaba cada vez más. No quedaba en aquella fosa, anegada por el agua, ni una sola gota de esperanza.

De repente un gran golpe seco y sólido se sintió en todo el barco y en cada uno de nuestros huesos. El golpe nos lanzó a todos hacia delante violentamente. A través de los lamentos causados por el dolor se oyó un grito diferente a los demás. ¡La traviesa de madera se había roto! Los presos del fondo comenzaron a desencajar sus grilletes de las astillas, dando gritos de júbilo, y a avanzar hacia la parte frontal de la bodega, que parecía estar encajada en algún banco de arena. El agua se acumulaba en la parte trasera, que seguía sufriendo los embistes del mar, crujiendo y doblándose con cada ola.

A los pocos segundos, se abrió la trampilla. Un soldado se asomó, y rápidamente cerró la trampilla de nuevo, gritando que estábamos sueltos. Se me escapó una sonrisa resentida. Aquel giro de acontecimientos era el remate final, un requiebro perfecto planeado por el destino para arrebatarnos aquel fugaz aliento de esperanza de forma macabra. No moriríamos ahogados, sino fusilados a bocajarro en aquel infierno.

“Van a matarnos seguro, para evitar que escapemos. Van a volver y dispararnos antes de abandonar el barco. No cabe la menor duda. Matar o morir, matar o morir, ellos o nosotros, matar o morir. Nos van a matar, seguro. Nos hemos librado de morir ahogados para que ahora nos fusilen como a perros. Matar o morir, tú eliges.”

La masa de presos se arremolinaba alrededor de la trampilla, con una desesperación aún más cruda, sacudiéndose, haciendo fuerza hasta producir unos palos astillados de la traviesa rota.

- “¡Eh! ¡Preso 318! ¿Me oyes, 318? ¡Toma esto, venga, rápido!”

Una de las maderas, sólida y pesada como un mazo, acabó en mis manos. Lo sujeté con fuerza. Los que estábamos más cerca de la trampilla nos habíamos convertido en las manos de aquella masa desesperada.

Cuando se abrió la trampilla, gritando, atravesamos las carnes de los soldados. Desgarrados, cayeron a nuestros pies. Salimos en marabunta, atropellándonos unos a otros, por encima de los cuerpos de los guardias. El más joven tenía las llaves de nuestros grilletes en las manos y la escopeta a la espalda. Salimos todos los presos menos el viejo loco, que sentado al fondo, con una sonrisa negra, seguía entonando su canción, como si fuese aún más necesario que antes terminarla. Y en ese momento el mar arrancó y engulló la parte trasera del barco, furioso de haber dejado escapar a su presa.

Algunos presos comenzaron a forcejear por hacerse con las llaves y liberarse de los grilletes. Yo me lancé al mar sin pensarlo y enganché mis manos engrilletadas a una tabla. Bajo las últimas luces del día se veía la forma oscura de la costa, y dando patadas como podía, me orienté hacia ella, dispuesto a llegar como fuese.

Llegué a tierra más muerto que vivo. Conseguí arrastrarme hasta el final de la playa, y tras echar toda el agua que había tragado, me desplomé desfallecido entre unos troncos caídos.

Mis sueños de aquella noche fueron muy sombríos, llenos de abismos, fuego y palos ensangrentados con los que yo continuamente desgarraba entrañas, que luego resultaban ser las mías propias. Una voz me preguntaba una y otra vez: “¿Dónde estás?”. A la vez, en otra dimensión de la realidad, dos ejércitos similares pero opuestos se preparaban para una gran batalla. Era la batalla final. Los soldados preparaban sus armas y se apresuraban a ocupar sus puestos en la formación. Los comandantes revisaban las tropas y gritaban palabras de aliento. Era como si de alguna manera toda mi vida, o, mejor dicho, todo más allá de mi vida, dependiese de aquella batalla. Un miedo intenso, como nunca había imaginado me invadía. La voz seguía preguntándome que donde estaba y me escondí aún más. Estaba convencido de que vendrían a detenerme y a encadenarme de nuevo. Veía a los guardias del barco, veía sus rostros, hasta el último detalle, cada arruga y movimiento de sus ojos. Los veía caminando por la playa, cargando con la traviesa del barco, buscándome, para que ocupase mi sitio en la fila de presos que llevaban colgando del madero. Aterrorizado, veía sus ojos buscándome entre las sombras. Los presos se balanceaban como racimos maduros de uvas, pero no caían de la vid, seguían fuertemente amarrados. Y en ese otro mundo, los ejércitos marchaban hacia el campo de batalla, firmes e implacables.

A la mañana siguiente me despertaron los gritos de una patrulla que examinaba los restos del barco en la playa. A un lado, habían amontonado los cadáveres de varios presos. No todos habían muerto ahogados. El hueco entre los árboles muertos donde me había desplomado resultó ser un buen escondite y no me encontraron durante todo el día. Me ardía la garganta de sed, y no dudé en lamer el agua de lluvia acumulada en algunos nudos del tronco. En cuanto comenzó a oscurecer, y las sombras fueron suficientemente largas, me hice con un hierro de entre los restos del barco. Haciendo palanca contra el tronco del árbol, y mordiendo un trozo de mi camisa para no gritar, me disloqué los pulgares. Primero uno. Luego, entre lágrimas, el otro. Dejando los grilletes escondidos junto a la barra de hierro, me lancé hacia la montaña que se alzaba tras la playa.

Parte II – La montaña

La bahía del bosque cubría la ladera, y enseguida encontré refugio entre los árboles. A trompicones y entre resbalones, comencé a remontar un riachuelo que bajaba por la cuesta, cayendo y deslizándose sobre las rocas. A ambos lados, el bosque se alzaba poderoso, al ritmo del arroyo. Y yo subía, subía con una urgencia que me empujaba hacia arriba, hacia la fuente.

El sol ya se había ocultado detrás de las montañas hacía tiempo cuando llegué a una valla que delimitaba un pequeño terreno donde se veía una ermita antigua de piedra. Salí de entre los árboles tambaleándome, al límite de mis fuerzas, cuando sucedieron tres cosas a la vez. A lo lejos, entre las montañas, un último rayo de sol se coló entre dos picos enormes de granito y me deslumbró, cegándome totalmente por unos instantes. Simultáneamente, un anciano apareció en la puerta de la casucha de piedra que se apoyaba contra una de las paredes de la ermita. Y a la vez, una patrulla de soldados salió del bosque a una docena de pasos de donde yo estaba.

El anciano me miró. Estoy seguro de que me miró. Pero también estoy seguro de estar cegado por el sol. Su mirada, de alguna manera, atravesó mi ceguera, como si fuese más poderosa. Tras esa mirada, el anciano se giró con los brazos extendidos y las manos abiertas hacia la patrulla que salía de la arboleda. Las mangas de su raído hábito colgaban de sus brazos. Y de alguna manera los soldados no me vieron. Acto seguido sentí un fuerte mareo que me lanzó hacia adelante por encima de la valla. Caí en un agujero rectangular, profundo y húmedo, que parecía recién excavado. Ahí permanecí, jadeando, sin poder moverme.

- ¿Hay alguien más que usted aquí, fraile?
- En mi casa no vive nadie más que yo, y la ermita está vacía ahora mismo.

Yo luchaba por respirar en el fondo del agujero.

- Vosotros dos, examinad la casa y la iglesia. ¿Y qué me dice del cementerio?
- No debería haber nadie en el cementerio. Al menos nadie con vida.
- Si ve o escucha algo...

Por momentos dejaba de escuchar y solo oía un zumbido ensordecedor. Las voces se volvieron cada vez más finas hasta que las dejé de oír por completo. Paralizado, intentaba con todas mis fuerzas seguir respirando.

Fue una noche de lucha. Peleé durante toda la noche con una fuerza con forma de hombre, pero sin cuerpo. Y por fin, cuando pensé que no podía más, aquella figura se retiró y entré en un profundo sueño tranquilo.

Aquella noche, mientras dormía, tuve la primera conversación con el viejo de la ermita. A esa conversación le sucederían muchas otras conversaciones que se darían de manera más normal: sentados en la única habitación de la casa de piedra, frente al fuego de su hogar y despiertos los dos. Pero aquella noche sucedió así, estando yo dormido en el fondo de un agujero.

- Noto ese peso sobre mis hombros, y ya no sé qué hacer... no sé qué hacer con ese peso, no lo sé... llevaba varios años haciéndolo bien, pero siempre me ocurre igual, acabo volviendo a caer. Me estoy quedando sin fuerzas y sin ánimo, no puedo soportarlo ya más, no aguanto lo que antes aguantaba, y me está destrozando...

El anciano me miraba, y las palabras salían de mi boca de manera incontrolable.

- Me siento avergonzado, avergonzado de estar aquí y de estar llorando... pero estoy cansado, me está desgastando, no me queda esperanza. No sé cómo hacer para recuperar esa esperanza y creer que puedo lograrlo. No puedo... no puedo.

Su mirada me decía que todo lo que le estaba contando le era familiar, pero era necesario que yo siguiese hablando.

- Tenía tres hijos... tres hijos maravillosos, no supe gestionar las dificultades, fui incapaz de enfrentarme a los problemas. Lo intenté, lo estoy intentando con todas mis fuerzas, pero cada vez es más difícil. Cometí y seguí cometiendo errores, tomando malas decisiones y lo único que quería era que mis hijos me mirasen y pudiesen ver un buen padre.
- Sé perfectamente lo que has sufrido y lo que estas sufriendo.
- Soy como el jugador que juega y juega, que apuesta sin parar hasta que pierde. Juega para perder, porque insiste hasta que lo pierde todo. No sé qué estoy intentando decir, ni por qué lo estoy diciendo, solo quería que mis hijos... solo quiero ser alguien en quien mis hijos pudiesen encontrar, si buscan con cuidado, algo que admirar. Un reflejo, un atisbo... Lo he intentado, pero aún no lo he logrado, y esto me está desgarrando por dentro. Me está matando. Soy el bebedor que bebe para destruirse, me fuerzo para acabar la copa de un trago, entre sorbo y sorbo bebo de la botella directamente, intentando acelerar la destrucción. Bebo para destruirme. Soy el fumador que ni siquiera ha terminado un cigarrillo cuando enciende otro, fumo para quemarme, para abrasar y calcinar mi corazón. Voy a perder, pero al menos controlo y decido mi manera de perder, me lanzo al vacío... pero me lanzo yo.
- Es la necesidad de sentir que controlas algo...

- Precisamente es por el control: esto es lo único que controlo. Mira cómo me destruyo, ¿no te importa? Siempre he tenido eso dentro de mí... mira como ardo, ¿te da igual? Mira el fuego, mira las llamas... mira como lo destruyo todo... estoy muy cansado.
- Conozco bien ese cansancio. Estar cansado de estar solo, de no poder confiar, fallar y engañarse tantas veces que resulta imposible confiar en uno mismo.
- Solo quiero ser capaz de decir algo y cumplirlo, de poder confiar y estar orgulloso de mí mismo, de construir algo grande en mi corazón.

Cuando me desperté, una fina capa de rocío me cubría por completo, como una sábana. El rocío que me envolvía no estaba únicamente sobre mi cuerpo, sino que entraba en él. Me había penetrado y se había constituido como una segunda piel bajo mi propia piel, en mi carne. El anciano fraile me miraba desde el borde del agujero.

- Necesito su ayuda. Necesito que tape este agujero que excavé para usted. No queremos que nadie se caiga y se haga daño.

Y su cara desapareció del cielo azul que amanecía.
Me arrastré fuera de la tumba y me puse en pie.

- Viéndole salir así de la tumba y por como huele, su nombre será Lázaro a partir de ahora.

Trabajé durante horas bajo el sol de la mañana, para devolver toda la tierra a su lugar. Estaba dura, reseca y apelmazada, pero cada golpe de pala era para mí una pequeña victoria. Cuanto más dolor, mejor. Cada herida y cada punzada eran para mí un dulce bálsamo reparador. Cuando acabé, apoyé la pala contra la pared de la ermita y me acerqué a la puerta de la casucha, sin saber muy bien qué debía hacer. Ahí estuve unos minutos, delante de la puerta, sin atreverme a llamar y sin pensar en irme. Hasta que por fin la puerta se abrió y el anciano me recibió.

Pasó el tiempo, y por fin llegó el momento de volver. Tardé muchísimo tiempo en recorrer el camino que bajaba desde la montaña al pueblo costero que el fraile me había mostrado en un mapa.

- Ahí encontrarás lo que necesitas.

Me resultaba imposible no maravillarme. No ya con el paisaje, sino con cada árbol, con cada hoja y cada flor. Incluso con cada componente de esas hojas y flores: cada pétalo, cada vaina y nervio, cada pequeña semilla...

Los sonidos del agua y del viento eran para mí un placer superior a todo, y sentí una alegría desbordante cuando oí un canto sublime de un pájaro, levanté la vista, y vi claramente delineado contra el azul celeste al pájaro posado en una rama cantando. Iba degustando cada instante. Me acercaba a los árboles para tocar y oler su corteza. Me postraba para oler la tierra húmeda que excavaba con mis manos. Un ligero aroma a eucalipto y sol le daba un fondo delicioso a todo aquello, que fue la mayor recompensa que jamás recibí en mi vida.

Parte III – La ciudad

Me miró y lanzó un aullido:

- ¡Es él! ¡Él estaba en el barco con nosotros!

Los ecos de su carcajada me perseguían mientras huía hacia un pequeño callejón. Intentaba escapar de los gritos del resto de prisioneros: “¡318!, ¡318!”. Aquel número me perseguía para atraparme de nuevo.

Tres o cuatro de los guardias me seguían de cerca. Al fondo del callejón se abría una pequeña entrada hacia una casa. Casi a tientas por la repentina oscuridad, encontré un pasillo que terminaba en unas escaleras. Prácticamente a ciegas y dando tumbos llegué al piso de arriba y escalé por una ventana para llegar a una terraza, y de ahí conseguí subir al tejado. Corrí hasta el borde y me detuve. En las calles bajo mis pies vi la fila de prisioneros. Parecía que habían intentado atacar a los guardias aprovechando la confusión, en un último intento de salvar el pellejo. Varios parecían muertos, y el resto estaban tumbados en el suelo bajo la atenta mirada de varios fusiles.

Cuando los guardias aparecieron en el tejado detrás de mí con las armas en alto no me lo pensé y salté. Conseguí sujetarme al alero al otro lado de la calle y encaramarme al tejado. Me lancé escaleras abajo, mientras los disparos de los guardias explotaban sobre mi cabeza. Bajé varios pisos, estaba sin aliento, y apenas podía ver. En el último giro me desequilibré y me precipité por encima de la barandilla. Caí como un saco de cemento, y totalmente desorientado, me levanté como pude y me adentré en las entrañas de aquella vivienda. Llegué finalmente a una gran habitación llena de herramientas, parecía un gran taller de carpintería. No había puertas, y los ventanucos no eran lo suficientemente grandes para huir. No había manera de escapar.

“Matar o morir. Yo o el guardia. No cabe la menor duda. Nos van a matar, seguro. Van a matarme. Matar o morir, tú eliges.”

Levanté con fuerza de entre las sombras un gran mazo de hierro. Era sólido y pesado. De pie y en silencio, escondido en el umbral de la puerta, podía oír cómo el guardia se acercaba por el pasillo corriendo. No había duda. Era un único guardia. Debían haberse separado para registrar la casa. El mango rugoso de madera palpitaba en mis manos.

En ese mismo instante, o quizá en un instante fuera del tiempo, los dos grandes ejércitos que había soñado en la playa iniciaban el combate en una explanada oscura rodeada de altas cordilleras aún más oscuras. Encima de ellos y más allá del campo de batalla, la nada. A un lado, un ejército de seres flameantes, constituidos con un fuego inmaterial. Al otro, unas huestes de sombrías figuras. Ambos ejércitos chocaron como dos grandes olas, la lucha era encarnizada, todo dependía del resultado de aquella batalla. Era el combate definitivo por el todo. Las espadas hacían saltar chispas y

volaban las flechas por el aire. Los seres oscuros parecían estar imponiéndose a sus enemigos. Las líneas de sombras poco a poco avanzaban, de manera irregular y discontinua, pero de forma implacable. Los seres de fuego retrocedían, pero no se rendían, ni dejaban de luchar con todas sus fuerzas. No cedían ni un metro de terreno sin plantar cara con valentía y arrojo. Palmo a palmo iban retrocediendo, resistiendo todo lo que podían. Formaban ya en semicírculo, con un peñón a su espalda, totalmente rodeados por enemigos diez veces más en número.

En el taller del carpintero, el guardia, con un dedo tembloroso en el gatillo, solo escuchó un ruido seco. Más tarde contaría que yo había intentado atacarle con el mazo de metal. Pero lo cierto es que el mazo estaba en el suelo, a mis pies, donde lo había dejado caer de mis manos.

Y en el campo de batalla, una onda expansiva atravesó el aire, el suelo y los cuerpos de todos los soldados de ambos bandos. A esa explosión le sucedieron bocanadas de luz cada vez más intensa. Los seres oscuros no podían resistirla, e iban retrocediendo y desapareciendo ante aquella luz, que se convirtió en una hueste celestial de soldados de fuego que, como una avalancha, aplastó al enemigo.

No llegué a ver ni escuchar la bandada de gorriones que se alzó tras el disparo del guardia. Me habría encantado contemplar su vuelo. Me habría maravillado observar con atención aquella nube marrón de pajarillos que, asustados, llevaban de alguna manera el testigo de mi propia huida hasta la meta. Como un gran enjambre, darían quizá un par de vueltas por encima del taller del carpintero y se marcharían en dirección a los árboles de la ladera del bosque. Era ya tarde, y quizá se asentarían en algún gran roble cercano al arroyo para pasar la noche.